

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Un episodio de la vida del célebre ladrón Mandrin, (continuación) por X.—Cansons populars d' Alemania, traducción de D. M. O. Bennassar.—La Noche-Buena en París, por D. J. E. Enseñat.—La Hamaca, por D. M. Zavaleta.—Epigramas, por Mefistófeles.—Cuadrado de palabras.—Soluciones.

GRABADOS.—Estudios arqueológicos. Una puerta del siglo XV, existente en el claustro de la Catedral. (Del natural por D. M. Mestre).—Cañon antiguo que se conserva en el museo de S. Francisco. (Dibujo de D. N. Reste).

UN EPISODIO

DE LA VIDA DEL CÉLEBRE LADRON MANDRIN.

(CONTINUACION.)



STAIS delicioso, dijo en tono de burla Charolais. Con que es decir, señor de San German, que la primera vez que nos veamos es para que me veais exhalar el último suspiro.

—Sí, y muy pronto, contestó con voz sombría el conde de San German.

Asombrados estaban todos, cuando el viejecito de quien hemos hablado, que habia seguido aquella escena, se aproximó y dijo:

—Pues yo voy á desmentiros.

Y presentó su mano al conde.

—Señor conde, añadió, una palabra todavía; ¿qué leéis en la mano de un pobre viejo de mi suerte?

Miróla el conde de San German, y dió dos pasos atrás.

—¡Ah!...

Después inclinándose á su oído, le dijo:

—Me dice que no es este tu sitio entre estos señores. ¿Lo entiendes, Mandrin?

—¡Ah! contestó el viejecito aterrado: porque

aquel viejecito era el famoso bandido Mandrin.

El conde de San German salió de allí vivamente. Charolais y los demás presentes, que habian quedado descontentos del horóscopo que les habia sacado el conde de San German, empezaron á murmurar de él, diciendo que era un fastidioso pedante que se daba los aires de hechicero y no otra cosa, y quedaron en no convidarle á las suntuosas reuniones que daban aquellos grandes señores de la corte de Luis XV. Después viendo que no habian jugado y temiendo pasar la noche de una manera bastante monótona, iban á marcharse ya sin duda á alguna casa para tener una de aquellas cenas, verdaderas orgías tan frecuentes en aquella época, cuando al tiempo de ir á salir del salon del juego vieron entrar á un jóven, el cual tropezó con el conde de Charolais. Este con bastante mal modo, dándole un empujon, le dijo:

—¡Animal! No repara.

—El animal sois vos, respondió el jóven, que me habeis tropezado.

El conde de Charolais cogió el baston que llevaba Conteville; mas el jóven, que por sus trazas y vestido denotaba ser un escribiente de procurador, pero que tenia todas las apariencias y todo el aire de un mosquetero, se cruzó de brazos y al ver á Charolais que iba á levantar el baston sobre él se le arrancó de las manos, y con la mayor tranquilidad apoyándole sobre sus rodillas le hizo dos pedazos y se los dió friamente al conde de Charolais, diciéndole:

—Haceis mal en serviros de él: tiene un pelo....

Todos los señores y Conteville llenos de cólera fueron á echar mano á las espadas; pero Conteville los detuvo diciéndoles:

—Es preciso castigar á este tunante que se ha atrevido á faltar al respeto al señor conde...

Charolais detuvo con un gesto á los que se

dirigian contra el jóven, y con un aire de afectada afabilidad, le dijo:

—Ninguno de vosotros toque á este caballero. Y dirigiéndose despues al jóven:

—Amigo mio, esta es mi mano, le dijo, he hecho mal en ofenderos, lo reconozco, y os pido perdon.

Todos quedaron sorprendidos, y dijeron para sí que sin duda el conde habia oido algo en aquel jóven que tan insolente se habia mostrado y no respetaba ni á los altos empleados de la Hacienda ni á los nobles, y que trataba de jugarle alguna pasada.

Aquel jóven era en efecto un pasante de procurador que iba á jugar, y hombre sencillo depuso todo rencor á aquellos caballeros que le tendian la mano.

El conde de Charolais le preguntó que venia á hacer allí, añadiendo:

—Hijo mio, tal vez será una indiscrecion preguntaros.

—No, señor, respondió el jóven, que se llamaba Mauricio; solamente que delante de todos estos caballeros no queria.....

Entónces Charolais, llevándole aparte, le dijo:

—Amigo mio, veniais á jugar para tratar de ganar algunas libras, y poder tener alguna diversion mañana, confesadlo.

—¡Una diversion! mas que eso; una felicidad.

—¿Cuál? si no es preguntaros demasiado.

—No, señor. Despues de la manera leal con que acabais de conducirnos conmigo, vos..... que parecis un gran señor..... yo, que no soy nada..... no debo rehusaros la confianza de mi suerte.....

—Seria una desconfianza indigna de vos y de mí. Hablad, me interesa esa relacion, y tal vez resultará de esa confianza que ni uno ni otro tengamos que arrepentirnos.

Entónces Mauricio contó que era pasante de un procurador; que estaba enamorado de una jóven bellissima, de un ángel, de un querubin, con cabellos negros, pié pequeñito, ojos grandes y pobladas cejas, una maravilla, en fin, que se llamaba Anita, hija de un rico tendero de la ciudad.

No bastó mas que esta relacion para que el disoluto conde codiciase en su corazon á aquella hermosa niña. Habiéndole manifestado el pasante que lo que queria era ganar una cantidad para emplearla al dia siguiente en el bosque de Boloña en una funcion que pensaba dar á sus amigos al dia siguiente de su casamiento.

El pobre pasante llevaba por junto unas cincuenta libras y contaba arriesgar veinte y cinco para hacer el caudal que necesitaba. Propúsole entónces el conde de Charolais jugar con él. Para esto, despues de haber hablado al dueño de la casa, éste despidió á todos los que estaban en ella, y Mandrin, que veia lo que pasaba, y presumió que trataban de jugar alguna mala pasada á aquel pobre jóven, se hizo el dormido sobre una silla. Así, cuando se vieron solos, Charolais, separándose un momento con sus amigos, les dijo:

—Podria dispensarme de hacer perder su dinero á ese jóven antes de quitarle la querida, como es mi intencion; pero quiero ver que cara pone cuando tenga el bolsillo vacío.

Reparando que habia quedado en el salon el viejecito dormido sobre una silla, se lo hizo notar uno de ellos al conde; pero éste le contestó:

—Dejadle.... dejadle.... ese viejo no incomoda.

Pusiéronse inmediatamente á la mesa, y Mauricio colocó desde luego doce libras. Puso al número diez y seis, precisamente la edad de Anita. El juego era muy sencillo: aquel que jugaba contra él, y que sacaba los números de la bolsa, si sacaba el número diez y seis ó cualquiera otro inferior, ganaba tres veces su puesta. Si sacaba superior perdía. Charolais sacó una bola; era el quince; perdió Mauricio.

Probó á tomar el desquite, y tomó el número sesenta y ocho.

Observaba Mandrin que como unos lobos hambrientos iban á devorar á aquel pobre cordero aquellos caballeros. En efecto, Charolais sacó el número sesenta y cinco. Perdió otra vez Mauricio. Volvió á poner al número sesenta y ocho; pero entónces acercándose á su oido Mandrin, le dijo:

—Jóven, que os roban.

Volviéndose entonces Mauricio á la mesa de juego, mientras Charolais y sus amigos hablaban entre sí, dijo:

—Pongo el resto de mi dinero al sesenta y ocho otra vez.

Pero al mismo tiempo, arrojándose sobre Charolais, y cogiéndole la mano, le sacó la bola número sesenta y cinco que se habia aguardado en la mano, y le llamó ladron.

—¡Cómo ladron! ¿qué modo de hablar es ese?

—Sí, ladron, ladron, ladron.

Dió un puntapié á la mesa y derribó al conde de Charolais.

Echaron éste y sus amigos mano á las espadas, y trataban de castigar á Mauricio que habia descubierto su trampa.

Charolais le dijo:

—Si dais un paso mas, si os permitís hablar otra palabra insolente, vais á quedar aquí muerto. tan cierto como la señorita Anita no va á bailar con vos sino conmigo en el bosque de Bolonia.

—¡Ah! exclamó Mauricio retrocediendo delante de las espadas desnudas.

El conde de Charolais mandó al dueño de la casa que cerrase la puerta, y mirando á la ventana, dijo:

—Es demasiado alta para que pueda marcharse el pájaro.... Vamos, caballeros, y hasta la vista, amigo. Esto os enseñará á venir á una casa de juego y no contar vuestros amores.

—Y no romper mi baston, añadió Conteville.

En vano Mauricio imploró perdon de aquellos caballeros. Ya no amenazaba, les suplicaba, lloraba.

(Se concluirá.)

CANSONS POPULARS D' ALEMANIA.

V.

DESITX D' AMOR.

Cap amich tench en el mon;
Un estimat hi tench sols,
¡Y es lluny! Si pogués parlarli,
¡Quina salut per mon cor!

De part meua, lo bon dia
Ja li darás, rossinyol,
Y escometentlo ab tendresa,
Dígasli si l' anyor poch.

Quant vaja á l' argentería
Y l' argenteret hi trob',
Li diré, si á sa finestra
Hi guayta prenguent el sol:

—Argenter, argenteret,
Ja 'm faréu un anell d' or;
Cuydau no 'l fasseu massa ample,
Ni massa petit tampoch:

Que venga bé á n' el seu dit:
Demunt, gravauhi mon nom,
Perque es un present que fas
Al estimat del meu cor.

Si una clau d' or jo tenia,
Jo t' obriria mon cor,
Y dintre d' ell hi veurias
La teua imatge tant sols.

Si jo tornava auccellet,
Un petit auccell del bosch,
A una branca 'm posaria,
Y quant hagués cantat prou,
Devora tu volaría,
Estimadet del meu cor.

Si tenia ales de tórtera,
Daría al mon un revolt,
Fins y tant fos arribada
Allá 'hont es el meu tresor.

Y quant prop de tu estaria,
Si no 'm deyas res, llavors
Tota plorant m' en 'niría:
—¡Adeu, estimat del cor!

Trad. de

M. OBRADOR BENASSAR.

LA NOCHE-BUENA EN PARIS.

¡Qué curioso libro podria escribirse sobre la fisonomía que presenta París la Noche-Buena y el dia de Navidad!

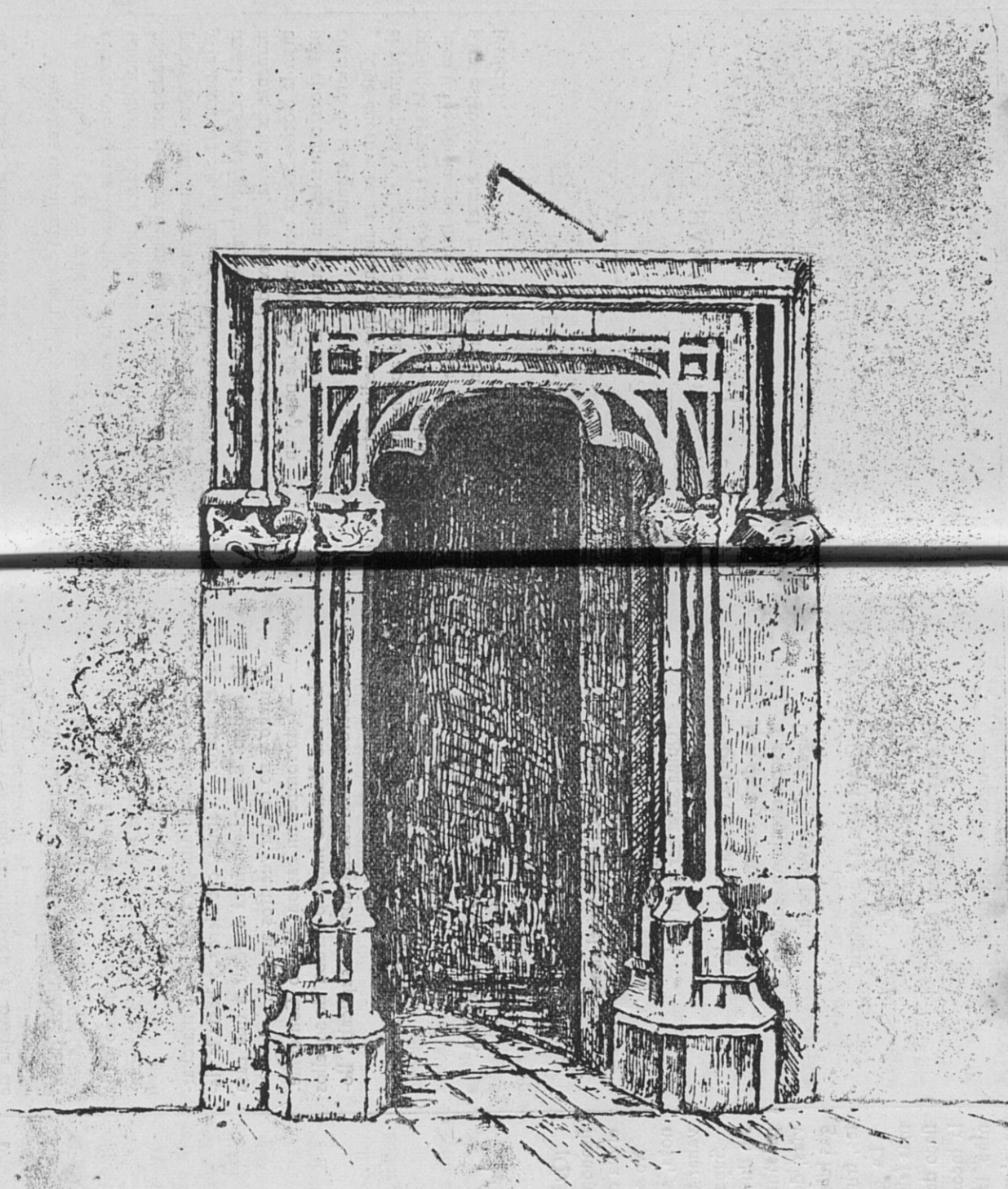
No seré yo quien lo escriba. La tarea seria penosa, superior á mis alcances. Me limitaré á hilar un breve capítulo.

Supongamos que el frio es soportable, y que sin lluvia y sin nieve, sin fango y sin viento, los paseantes recorren los bulevares y las grandes vías, donde el pequeño comercio ha instalado largas hileras de barracones para la venta de juguetes, frutas, pastas y chucherias de toda especie.

La gente menuda atraviesa la época del año mas feliz para ella. Ninguno de ustedes será tan flaco de memoria que no recuerde con emocion la incomparable alegría que le causara, siendo niño, la posesion del juguete ó del dulce hallado en el misterioso zapato que habíamos puesto la víspera en la chimenea ó en el balcon.

La gente grande también quiere sus aguinaldos; aguinaldos más ó menos útiles, más ó menos ricos.

Aquí han llegado á ser una obligación social los regalos de Año Nuevo, y hay que elegir entre someterse á la costumbre-ley ó romper con las



UNA PUERTA DEL SIGLO XV, EXISTENTE EN EL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL.

(Del natural por D. M. Mestre.)

relaciones contraídas. Dura ley que arranca mas de un suspiro y crea mas de un tremendo apuro.

Aparte de los regalos que las relaciones de la amistad imponen, hay que contar con un número infinito de aguinaldos más ó ménos obligatorios. Hay que dar al portero, á los criados de la fonda, al mozo del restaurant, al mozo del café, al cartero, al repartidor de periódicos, á los niños de la patrona, al acomodador del teatro, al barbero, al vigilante nocturno, á los criados de los amigos, á todo el mundo. Porque todo el mundo pide; porque todo el mundo se cree en el *derecho de exigir* el aguinaldo.

La Noche-Buena es aquí muy parecida á la que se celebra en España. Váse á la iglesia y cénase despues de la misa del gallo. Pero así como en las poblaciones españolas la alegría trasciende á la calle, aquí se manifiesta de puertas adentro.

El que atraviesa los bulevares y observa que la animacion no traspasa los límites de lo ordinario, no podrá sospechar la algazara que los parisienses mueven en sus casas ó en los sordos salones de los restauranes nocturnos.

El Café Americano, la *Maison Dorée*, Peters, Brébant, son puntos de reunion donde se restaura el estómago á precios exorbitantes.

Entrad en cualquiera de estos establecimientos y hallareis materia para un curioso estudio de costumbres. En el salon general, cenan modestamente las mundanas que aun no han hallado un caballero que cargue con el gasto... y con ellas mismas. Alguno que otro vividor, que evita aquella noche el contacto femenino, por razones que él sabe, cena solitario y silencioso, dejando que se quiebren en su fria indiferencia las insinuantes miradas de las hijas de Eva que buscan momentánea ocupacion.

Las parejas amorosas, las que aspiran simplemente á una noche de placer; las alegres comparsas que quieren rociar su alegría con Champagne; los tibios amantes que desean fortificar con el vino los lazos de un afecto que empieza á debilitarse; las bandadas de amigos que llegan dispuestos á echar una cana al aire; los neófitos que eligen tan señalada noche para pasar el Rubicon; todo ese mundo heterogéneo entra en gabinetes particulares. Gabinetes cuyo lujo y elegancia pueden competir con los *boudoirs* de las cortesanas de mejor gusto.

Todo allí es bello y seductor: tapicería de raso, doradas molduras, chimenea, piano, grandes es-

pejos, soberbios cuadros, estátuas de bronce y de mármol, jardineras, plantas tropicales, agradable temperatura, suaves perfumes, lujosa sillería, blandos almohadones, elegantes lámparas proyectando esa difusa luz que da extraordinaria morbidez á los rostros femeninos, y la indispensable otomana donde tantos dramas íntimos tienen un dulce ó terrible desenlace.

Y mientras un mundo corrompido y corruptor se embriaga en esos sitios de placer, derrochando el oro que tantas lágrimas podría enjugar y á tantos desheredados podría socorrer; oro acumulado por el sudor de un padre ó usurpado á la pobreza misma, cuando no es el precio del vicio y la prostitucion; en desmanteladas bohardillas, donde se siente frio y angustia, donde reina eternamente la miseria, los hijos del infortunio celebran la Noche-Buena con un pedazo de pan y un mal chorizo que les ha vendido al fiado el salchichero de la esquina.

¡Qué enorme es la distancia que media entre el primer piso y el sotabanco! ¡Qué abismo tan profundo separa esas dos esferas de la sociedad! ¡Cuánto le queda que hacer á la estirpe humana para establecer en el mundo el imperio de la justicia!

JUAN B. ENSEÑAT.

LA HAMACA

¡Viva el columpio!,
¡viva el caballo!;
antes, empero,
¡viva el tabaco!
y sobre todo
¡viva el regalo
de las hamacas!
¡Oh! si existe algo
que sea digno
de ser cantado,
es la indolencia
del sueño blando
que su balance
deja en el ánimo.
¡Hay en el mundo
tiempo mas grato

que el trascurrido
bajo sus ganchos?
Cuando la brisa
besa los campos,
y el cocotero
cede arrullando;
cuando el empiéreo
surcan los rayos,
y el trueno horrible
llena el espacio;
cuando de dicha
cruzando el lago,
los corazones
crecen gozando;
cuando la vida,
con fiera mano,
el seno enluta
de duelo amargo,
siempre la hamaca
brinda el regazo
que en calma y goce
mata el cuidado;
porque en su malla,
sedeña al tacto,
hacia los cielos
nos remontamos;
y hay en los aires
algo que mágico
hace se olvide
la tierra abajo.

En ella hay sustos,
en ella hay llantos,
en ella hay males
de horrible estrago;
pero en el éter
todo es encanto,
todo sonrisas,
todo milagros,
todo me gusta,
todo es mi pasmo,
todo me alienta,
y todo lo amo.....!
¡Sanchez!.... ¡Juanito!!....
¡¡Juan!!!... Un cigarro!.....
Vuélvome al cielo....
¡Muera el trabajo!

MIGUEL ZAVALETA.

Puerto-Rico.

EPÍGRAMAS.

Al ver mi manta se espanta
Que mida tres varas, Blas;
Y en una venta *non sancta*
Dieron á Blas una manta
Que medía mucho más.

—¡Jesus, que barbaridad!
En el cero de tu cara,
VÍ tu nariz que no para
En nariz de calidad.

Y aunque te costó tus quejas
Hubo de exclamar mi boca:
Como usted, nadie; que toca
clarinete con las cejas.

Vino puro de Alto-Muro
Anuncia Juan Rosselló:
Es verdad que *vino* puro,
pero aquí se fuchinó.

—¿Cómo aciertas á comprar
De á ocho cuartos, Gaspar,
Y en el estanco, el tabaco?
—Pues ya ves, amigo Paco,
—Lo compro para quemar...

MEFISTÓFELES.

CUADRADO DE PALABRAS.

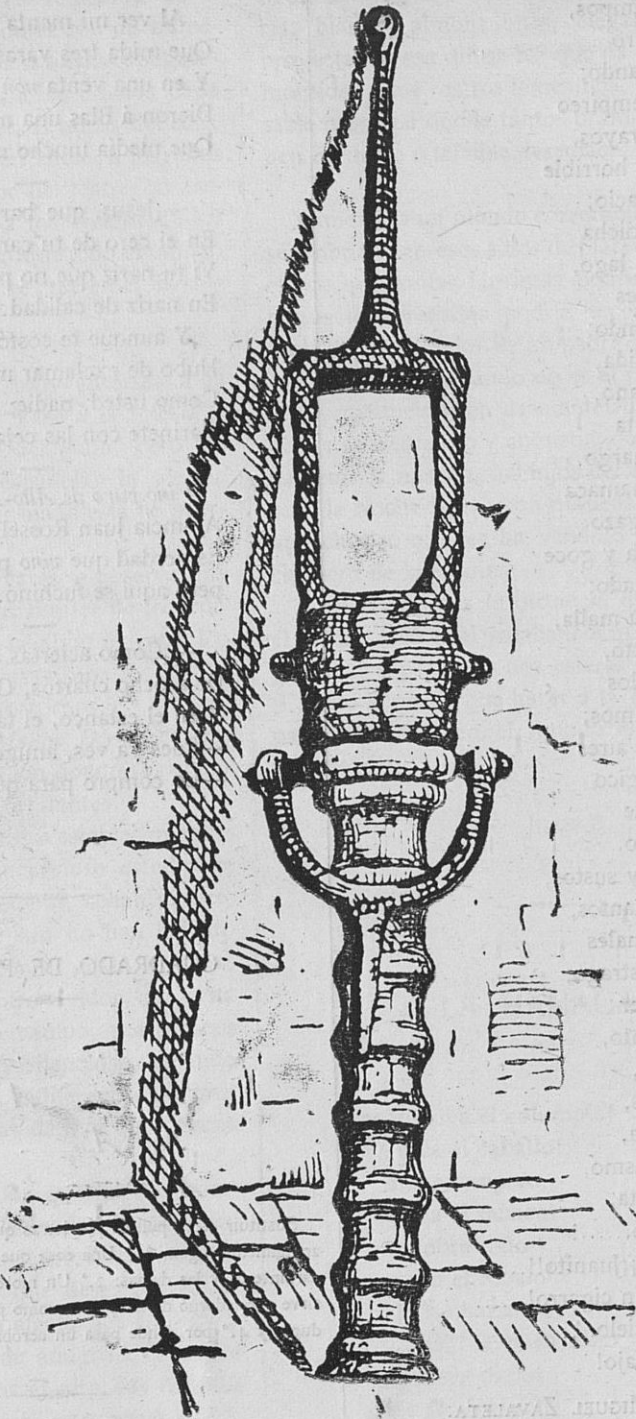
```

      . . . . . A
      . . . . . A .
      . . . . . A .
      . . . . . A .
      . . . . . A .
  
```

Sustituir estos puntos por letras que leídas vertical y horizontalmente digan: 1.º Una cosa que manejan los burros, los carpinteros y las damas; 2.º Un moro; 3.º Una cosa que así sirve para adorno de las pöllas, como para instrumento del verdugo; y 4.º por donde pasa un acróbata.

SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR.

CHARADA. Caravana.



CAÑÓN ANTIGUO, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DE S. FRANCISCO.

(Dibujo de D. N. Reste.)